

DAVID MUNROW

Pepe Rey



Diez años ya de la muerte de David Munrow. Antes de escribir nada no estará de más dar un repaso a los artículos escritos sobre él:

- J.M. Thomson.— **David Munrow**, en *The Recorder and Music magazine*, II-9 (1968).
- D. Scott.— **David John Munrow**, en el *New Grove's*.
- D. Fallows.— **Obituary**, en *The Musical Times*, CXVII (1976).
- **Tributes to David Munrow**, en *Early Music*, IV (1976).
- A. Johnson.— **David Munrow**, en el folleto que acompaña a la grabación "The Art of David Munrow". EMI SLS 5136 (1981).
- M. Birley.— **David Munrow**, en el catálogo de la exposición "Musical Instruments", London 4 Junio - 31 Agosto 1986.

Nació en Birmingham el 12 de agosto de 1942. Su padre era profesor de Educación Física, lo que hizo a nuestro hombre, entonces un niño, un apasionado de la práctica deportiva: alpinismo, atletismo, deportes marítimos...

— Papá, me aburro —me interrumpe mi hija, irrespetuosa como casi todos los de su generación—.

— Espera que escriba este par de folios y juego un rato contigo.

— ¿Qué estás escribiendo, un cuento o una poesía?

— Pues ni una cosa ni otra. Bueno, se parece más a un cuento, aunque se trata de una historia real.

— ¿Por qué no me la cuentas mientras la escribes? ¿Es bonita?

— Pues pretendo que lo sea. Las historias no son bonitas o feas por sí mismas, sino por el modo como se cuentan. Escucha a ver qué te parece:

Erase una vez un niño al que le gustaba vivir. Ya sé que a todos más o menos les pasa lo mismo, pero no sé si te habrás fijado en algunos a los que parece que todo les cuesta un tremendo esfuerzo, tanto que preferirían no hacer nada. Nuestro héroe era todo lo contrario: siempre encontraba cosas interesantes para hacer. Por algunas incluso se apasionaba. Le gustaban los deportes, sobre todo éstos en los que uno tiene que superarse a sí mismo, más que competir con los demás. También le gustaba cantar, pero no había pensado nunca dedicarse a la música.

Durante un tiempo se hospedó en su casa un estudiante alemán que tocaba la flauta dulce. A David le encantó aquel instrumento y su amigo le explicó las primeras lecciones, sin darle clase propiamente, porque David aprendía tan rápidamente y con tanta pasión, que no había método posible para seguir con él que no fuera su propia avidez. Poco tiempo después hubo en el colegio un concurso musical y ante la extrañeza de todos, David quedó el primero por delante de compañeros suyos que llevaban años

estudiando música. La verdad es que David nunca se examinó de música y, sin embargo, llegó a ser uno de los más hábiles intérpretes de los diversos instrumentos que tocó, que fueron muchos.

— Entonces, ¿por qué quieres que yo estudie música y me examine? —me pregunta ella, acostumbrada a sacar moralejas facilonas—.

— Porque cada cual tiene su modo de aprender y el del héroe de nuestro cuento no sirve para todo el mundo. Los maestros antiguos decían frecuentemente una frase que no siempre es verdad: *Natura non fit per saltus*, o sea, que las cosas naturales se hacen poco a poco y no a saltos. Hasta cierto punto ésta es la norma de la naturaleza, pero continuamente estamos viendo procesos de nacimiento, crecimiento o muerte que ocurren a toda velocidad y que quizás sean la excepción que confirma la regla. En las cosas de la cultura, es decir, en los procesos que no son naturales, estos cambios bruscos se dan con más frecuencia, porque en ellos tiene más fuerza la ley del péndulo...

— Bueno, no te enrolles con filosofías. ¿Qué le pasó después a David?

— Que se quedó ya para siempre enamorado de la música y de los instrumentos de viento en particular. Se dedicó sobre todo al fagot, pero en general tocaba con habilidad todos los que caían en sus manos. Otra frase que solían decir también los maestros antiguos es que la suerte ayuda a los valientes y, como David lo era, tuvo la oportunidad de pasar un año en el Perú y allí se encontró con un sinnúmero de instrumentos de viento de cuya existencia casi ni había tenido sospechas. Claro que no se los encontró todos juntitos nada más llegar. Tuvo que recorrer miles de kilómetros para reunirlos. Le gustaba viajar y se había preparado bien para ello. Incluso había encargado para su fagot una funda especial contra las termitas. Pero no te creas que compraba los instrumentos porque fueran bonitos o raros, como hacen los turistas, sino porque funcionaban y él sabía hacerlos sonar. Si no, no le interesaban apenas. Así formó una colección que, como él decía, "no eran juguetes bonitos, sino instrumentos de música".

Volvió a Inglaterra y continuó su particular aprendizaje, cada vez más centrado en los instrumentos antiguos. Cuando tenía veintitrés años escribió una tesis sobre un curioso libro: "Píldoras para purgar la melancolía", de Thomas D'Urfey (Londres, 1682).

— ¿Es que también hacía medicina?

— No. Se trataba de un libro de canciones para matar el aburrimiento, que había sido una enfermedad de moda durante un siglo en Inglaterra. El, por lo que verás, debió tomarse el frasco entero, porque a partir de entonces no le quedó tiempo para aburrirse. Al finalizar el curso pidió permiso a sus profesores para

reunir un grupo de músicos que tocasen en la sesión de clausura. Ellos pensaron que reuniría a unos pocos, pero cuando vieron que David había reunido a más de treinta, se asustaron un poco pensando que aquel muchacho iba a organizar un buen barullo. Su sorpresa fue grande cuando escucharon aquella "big band" tocando perfectamente conjuntados y dirigidos danzas de T. Susato, P. Phalèse, M. Praetorius, etc., que siempre habían escuchado en pequeños grupos de flautas dulces y algún violín.

Poco a poco su nombre iba sonando en los ambientes profesionales. Entró a formar parte de la Royal Shakespeare Company Wind Band, cuyo director, Guy Woolfenden, se dio cuenta de las posibilidades de la exótica colección de instrumentos de David en relación con el teatro clásico. Sin embargo al poco tiempo tuvo que dejar esta ocupación porque cada día eran más frecuentes las conferencias y recitales que daba en escuelas y colegios mostrando de un modo práctico su colección de instrumentos, a la vez que hablaba sobre la música antigua. Tenía un gran éxito con sus conferencias por su estilo claro, directo y apasionado. A la vez formó su propio grupo de músicos, el que se haría mundialmente famoso "Early Music Consort of London", del que formaron parte en su origen Ch. Hogwood, J. Tyler, O. Brookes y J. Bowman. El conjunto comenzó a hacer giras de conciertos cada vez más amplias y numerosas. J. Tyler dice que cada país en el que tocaban le ofrecía a David un nuevo y excitante descubrimiento musical, desde el "nai" egipcio al banjo americano, los rústicos violines escandinavos o las cornamusas yugoslavas. Así su colección se iba incrementando y su visión de la música, enriqueciendo. Además compraba los "nuevos" instrumentos antiguos reconstruidos que entonces empezaban a fabricarse en diversos lugares de Europa.

Llegaron a la vez las grabaciones discográficas, progresivamente más ambiciosas. Todos estos discos que ves aquí los grabó David en los escasos diez años de su carrera musical.

— Uff, cuántos. Casi como los Beatles.

— No es mala comparación y, si bien te fijas, uno y otros tienen que ver más de lo que parece a primera vista. Precisamente en 1967 aparece el *Sargent Peepers* de los Beatles. Lo que sorprende no es tanto el número como el interés de las producciones desde el título mismo. Las piezas están seleccionadas y secuenciadas aunando el interés histórico con la variedad acústica. Es una nueva concepción de las producciones discográficas (y también de los conciertos) palpable en los campos marginales de la música clásica, como son el "pop" o la música antigua. El disco cobra entidad como algo que existe por sí mismo, de algún modo por encima de las músicas que reúne.

— Bueno, ya estás volviendo a filosofar y me pierdes. Los discos ¿no los grabaría él solo, verdad?

— Por supuesto que no. En todos participan muchos y buenos colaboradores. Pero cuentan quienes estuvieron presentes que David llegaba al estudio con varias horas de anticipación a la cita, preparaba los atriles y los papeles de cada músico, colocaba los micros, hacía las pruebas con el técnico y en todo momento daba la impresión de ir por delante de los demás controlando todo el proceso, con la seguridad de saber lo que quería y de que acabaría consiguiéndolo. Además él intervenía siempre que era necesario con uno de los instrumentos de su especialidad, y escribía los comentarios, bastante amplios muchas veces, a la par que ajustados y amenos, lo que, como sabrás, no es fácil conseguir.

— Bueno, ¿y qué más?

— ¿Te parece poco? Pues también preparaba música para películas, y series televisivas como aquellas de "Las seis mujeres de Enrique VIII" o "Shakespeare", "The Devils" de Ken Russell, "Zardoz" de John Boorman o, la más exótica de todas, "La Course en tête", basada en la vida del corredor ciclista Eddy Merckx.

Por si todo esto te parece todavía insuficiente, te diré que desde 1971 hasta su muerte presentó en la BBC-3 un programa con cuatro ediciones semanales que consiguió desde el principio un gran éxito de audiencia. Se llamaba "Pied piper" y giraba en torno a temas tan dispares como la trompeta, Egipto, John Dowland, el "Peter Grimes" de Britten, la música en Indonesia o las campanas. A su muerte, en mayo de 1976, el programa había alcanzado su 655 edición sin perder nada de su frescura ni de su audiencia. Aún le quedó tiempo —y nadie sabe de dónde lo pudo sacar— para escribir un libro, "Instruments of the Middle Ages and Renaissance", al que acompañan dos discos de ejemplos y que es uno de los más útiles y claros escritos sobre esta cuestión.

— Y ¿por qué se murió?

— ¡Ah! Esa es una pregunta innecesaria, aunque a veces interesante. Como ya debes saber, todos morimos y con frecuencia la muerte de uno tiene mucho que ver con su vida. Si te fijas en las

fotos de David, verás siempre un gesto energético, penetrante, decidido, centrado en la actividad. Un viejo fisionomista diría que la voluntad (barbilla), va por delante de la inteligencia (frente) y de la sensualidad (boca), aunque está al mismo nivel de la intuición (nariz). Son tonterías pasadas de moda, si quieres, pero en cualquier caso ya te he dicho al principio que David fue un niño al que le gustaba vivir. Frecuentemente esta clase de personas agotan en poco tiempo lo que muchos no llegan a alcanzar en cien años. Son la gente del o-todo-o-nada. Lo que te quiero decir es que un 15 de mayo de 1976 David decidió que ya era suficiente, que su vida no merecía seguir. ¿Quizás una depresión, un ataque de esa melancolía para la que Th. D'Urfeu había confeccionado sus píldoras? No lo sé y, si te digo la verdad, no me interesa el tema. El cuento o la leyenda queda mucho más completo con una muerte misteriosa a los treinta y tres años, la edad a la que han muerto tantos grandes hombres y en la que tantos mediocres deciden seguir viviendo.

— ¿Como tú, que tienes treinta y ocho?

— Bueno, niña, ¿cuántas veces te tengo que decir que señalar es de mala educación? Hala, vete a ver la televisión un rato y déjame en paz, que tengo que acabar esto hoy mismo.

— Vale, colega, pero no te pongas así, que no he dicho nada malo y además te he ayudado a escribir esos folios.

— De acuerdo, pero déjame escribir el final a mí solo, sin interrupciones impertinentes.

Comencemos de nuevo.

Diez años ya desde la muerte de David Munrow. Esto de la música antigua empieza ya a tener su historia moderna, pero habrá que dejar que la estudien los musicólogos del siglo que viene, si tal espécimen resiste los avatares que se avecinan.

Ellos intentarán explicar por qué en nuestra época todavía se daba tanta importancia al ciclo anual, mientras comíamos tomates y lechugas todo el año. Resultará difícil justificar por qué ciertas costumbres neolíticas se han mantenido a través de tantas revoluciones. Intentarán explicar el por qué del culto a los lares y penates (disfrazados bajo capa de genios, prohombres, fechas clave, obras maestras, etc.) en rituales de aniversario, alrededor de los cuales se polariza gran parte de la actividad. Algunos no lograrán entender por qué seguimos rigiéndonos para estos menesteres por el sistema decimal, mientras convivimos con las máquinas inteligentes que utilizan el sistema binario (según el cual yo —por poner un ejemplo cercano— tengo cien mil ciento diez años y me siento tan joven como durante el primer milenio). Habrá espíritus maliciosos —nunca faltan— que insinuarán que la práctica de los aniversarios obedece a motivaciones políticas, y pondrán como ejemplo 1992. Otros dirán que el factor económico es determinante en éste como en otros muchos aspectos y pondrán como ejemplo los aniversarios en los que alguna importante multinacional discográfica saca tajada. Habrá algún despistado que afirmará que la elevada conciencia histórica conseguida en los finales del s. XX hizo que sus habitantes bailasen continuamente al son de los aniversarios y de las fechas conmemorativas. Habrá quien siga celebrando aniversarios, sin saber muy bien por qué ni para qué. En las postrimerías del s. XXI la vida se habrá acelerado tanto que habrá quien celebre menseversarios e incluso hebdomadaversarios. Entonces se verá claro que todo esto no es más que un modo por el que los vivos celebran que siguen viviendo, pero disimulan tal obscenidad con la capa del recuerdo "a aquéllos que nos precedieron", pero que —mejor para nosotros y peor para ellos— ya no están aquí.

Diez años ya desde la muerte de David Munrow. Diez años en los que hemos aprendido lo que era una *cítola*, un *lirone* o una *lira de braccio*. Diez años en los que la técnica vocal ha avanzado poco a poco, pero con resultados perceptibles. Diez años en los que en libro o en disco se han publicado obras notables que David no conoció.

Nos sería muy fácil ahora a cualquiera hacer una crítica de sus versiones. Sabemos tanto. Mucho más que él. Pero póngase en paralelo con lo que en nuestro país se hacía por esas mismas fechas (MEC, HISPAVOX) y se verá cuál es la distancia. Ciertamente él se apoyaba en una infra- y super-estructura (sistema educativo, bibliotecas, salas de conciertos, público ...) muy distintas de las de aquí. La pregunta es: ¿tenemos ahora —diez años más tarde— estructuras comparables? ¿Es previsible que las tengamos antes del s. XXI?

La respuesta dentro de diez años (= 1010 en sistema binario).